

EL NIÑO ANCIANO

(PRIMER CAPÍTULO DE APRENDER A VIVIR)

PETER HÄRTLING



¿Cuándo escuché o leí por primera vez que yo era un anciano? Ya no me acuerdo. Tampoco quería oírlo ni leerlo. Entre tanto me he acostumbrado a desempeñar el papel de “anciano”, más aún, me he identificado con él, y a veces incluso llego a representarlo bien. Entonces también lo noto, a ese anciano. Me humilla, me pone en ridículo, cuando no puedo agacharme, cuando me levanto con dificultad de mi sillón, o cuando necesito descansar para respirar al subir las escaleras. Por la mañana y por la noche me tomo pastillas que me bajan la presión sanguínea, que me diluyen la sangre, que deberían garantizarme un nivel normal de azúcar en el cuerpo. En los prospectos leo con interés los efectos secundarios que pueden tener, y ya incluyo en mis expectativas de vida alguna que otra enfermedad: estas píldoras, me digo, por ejemplo, te estropean los riñones, también amenazan el estómago.

Es verdad, la piel de mis manos es ahora arrugada, las manchas de la edad se multiplican, los cabellos se han vuelto de color gris y del almacén de repuestos médicos me han equipado con unos lentes que remedian mi miopía de siempre y con una dentadura postiza completa y resistente para la hilera de dientes superior.

Los recuerdos confirman el anciano. Puede representarlos, puede evadirse con ellos del cotidiano trasiego, los puede alterar si lo desea y puede alejarse con ellos. Lo que conté hace 20 años en *Nachgetragene Liebe (Amor póstumo)*, se encuentra ahora a casi 60 años de distancia. Esto es más que una época. La guerra de hoy y la lucha en las tinieblas contra el terrorismo no son mi guerra. La II Guerra Mundial fue dirigida por ideólogos terriblemente simples en su manera de pensar. Querían conquistar “espacio vital” aunque no hacían sino derrumbar las casas de sus propios ciudadanos. La guerra me quitó a mis padres y me dio la capacidad de hablar con los muertos. La guerra nunca terminará. Lo sé. Siete décadas de vida me lo han enseñado. Ante mis hijos y

nietos guardé esta verdad para mí. Cuando todavía eran pequeños, mis comentarios sobre la miseria y las necesidades durante los años de guerra les parecían totalmente desplazados. En cualquier caso, exagerados a nivel didáctico. Ahora ya tienen una profesión, viajan por todo el mundo y preguntan por el niño que yo fui cuando contemplan fotos de niños refugiados procedentes de Afganistán, Bosnia y Albania. Mi guerra me ha hecho testigo, aunque con retraso. Las pesadillas regresan, continuamente cambian los discursos y las realidades.

Penetro en el pasado hablando de él y al mismo tiempo intento huir del mismo, pues no hay nada que me incomode tanto ni que me parezca tan pesado como el niño hurgando en los recuerdos.

Habrías podido evolucionar de manera muy distinta, reflexiona Fabian en voz alta, el hijo mayor, y seguro que está pensando en sus pacientes de la estación psiquiátrica infantil.

Seguro que hubo muchas posibilidades, le contesto, seguro que algunas de ellas eran malas, pero bien mirado sólo tuve una.

Porque tú lo dices, dice.

Porque yo lo digo, le digo.

Está de pie ante mí, sonriendo, una cabeza más alto que yo, se burla de mí, me deja ser tan viejo como lo soy de veras, me lo confirma con un suave “Ah, viejecito mío”. Por un momento parece que ha sido superado el abismo de la edad.

¿Soy un viejecito para él?, me pregunto. En muchos aspectos y en numerosas ocasiones mis hijos me recuerdan al padre de quien ahora –desde hace poco– se atreven a calificar de “viejo”. Este tratamiento no me importó nunca. Lo entendí y sigo entendiéndolo como un conjuro cariñoso y ligeramente temeroso de presencia duradera.

Todavía pienso aguantar durante un cierto tiempo, al menos mientras dure esta tarea que me he propuesto, es decir, durante el tiempo que requiera acordarme de lo vivido. Me cuesta encontrar el lenguaje adecuado para los diferentes yos, solamente puedo concentrarme por partes, y me canso deprisa. Por eso creo que lograré ganar tiempo, estoy seguro de ello. Mi tiempo. Sé que lo tengo contado.

Hace poco leí en un escrito de Ortega y Gasset –un autor, por cierto, a quien admiraba con entusiasmo cuando yo era joven, hasta que me aguló esta admiración un periodista de edad, quien me convenció de que Ortega y Gasset era un mal crítico de literatura– que él solamente creía en los pensamientos de naufragos. En pensamientos que carecen de soporte. En pensamientos sin base. Que tienen que aprender a volar o a nadar. Pensamientos dispersos, porque el miedo a la muerte los ha dispersado. Pensamientos que en un momento de aguda necesidad buscan una gramática que los salve. Un lenguaje para sobrevivir. ¿Será oración o música? Como no puedo decidirme, escucho música mientras escribo estas palabras, primero la



quinta de Mahler y ahora una de las dos sonatas tardías para violoncelo de Beethoven, interpretada por Casals y Serkin, y en cada una de estas composiciones escucho, pensando intensamente en la frase de Ortega, el lenguaje de los náufragos. Ahora, sólo ahora. Mañana puedo intentar comprender a Mahler y a Beethoven.

Entre tanto, mañana es hoy, después de un sueño intranquilo, con fases de insomnio. Este día me recibe casi festivamente. El 14 de diciembre de 2001. Sobre un cielo inmaculado avanza el sol trazando un círculo poco curvado, frío, con rayos blancos. Salgo al jardín. No hace viento. Un aire helado aligera mi respiración y me da la esperanza de que las palabras y los pensamientos se sucedan lógicamente y sin grandes dificultades después de esta breve cura de invierno.

Me equivoco. El comienzo me cuesta, palabra por palabra, mientras instan los recuerdos evocados. Sin haberlo planeado, tengo que ocuparme de dos voces: la voz impetuosa que narra el recuerdo y la voz que busca palabras y que no es lo suficientemente madura como para abordar la vertiginosa y vehemente avalancha de imágenes. Justifico el atasco recordándome a mí mismo que he decidido no objetivar mi yo narrando como de costumbre sino que esta vez quiero estar con él, en él. El yo del niño, del treintañero, del cincuentañero, contra el yo del hombre anciano, que desde la distancia de los años puede observar cómo su yo, que sin duda puede notar pero del que no está nada seguro, ha tenido innumerables predecesores, ha quedado prendido de escenas determinadas, está atado a lugares, rodeado de tiempo, al amparo de algo así como un capullo.

Un pintor se mira al espejo antes de empezar su retrato. Quizás se mira solamente una vez, quizás incluso superficialmente, para obtener la imagen que luego, entusiasmado consigo mismo, con la creciente memoria sobre sí mismo, con el recuerdo y el sentimiento, va cambiando, cada vez más rebelde y más cercana, pero sin llegar a presentarse de manera concreta. ¿Y alguien que escribe desde sí mismo y sobre sí mismo? ¿Qué podría ser mi espejo? ¿El papel que he ido amontonando durante décadas, los libros, las cartas, las anotaciones? Nunca he escrito un diario. ¿Voy a preguntar a mi familia?, ¿a mis amigos?

Yo, yo, yo.

Tres tipos de yos sobrepone Gombrowicz en su diario¹. Un crescendo. Si pienso en su personalidad, sí puedo imaginarme en él una torre así, de yos. Lo conocí a mediados de los años sesenta en Berlín, un payaso a punto de retirarse que en su memoria mezclaba las personas como si fueran cartas de juego y cuya inquietud ponía lugares en movimiento, al igual que el escenario que veía desde la ventana de su taller en la academia de Berlín, siempre los mismos árboles, pedazos de prado y grandes edificios: Tengo que mudar de casa, he de hacerlo, ya que este paisaje no muda. Probablemente me vino a la mente porque vi, delante de mí, mi yo triplicado, y yo mismo siempre tan inseguro con el único que tengo. En



su diario, su yo se opone al miedo a la muerte, un yo enorme, un hombre-sándwich que busca la inmortalidad. Así lo tengo todavía en el recuerdo: un hombre pequeño y elegante, que ya no se sentía en su casa en ninguna parte, lleno de esperanza de que el paisaje añorado apareciera ante su ventana, de que la vista y la perspectiva fueran intercambiables. Iría por los sesenta. Llegó desde lejos, cargado con inimaginables experiencias.

Ahora, en retrospectiva, cuenta entre los “ancianos” que me atrajeron desde siempre. Ya cuando era niño, envidiaba la edad de la gente mayor. Llegué al extremo de comportarme como un anciano, aunque solamente lo hacía cuando nadie me observaba. Establecía diferencias. Había personas mayores que todavía no habían alcanzado la edad que yo quería imitar, como por ejemplo mi padre, la tía Lotte, la tía Manja, el tío Wilhelm o el tío Hans. Se movían en un reino intermedio que colindaba con la ancianidad. Por supuesto que me atrevía a imitar sus gestos y tics, esto no era nada difícil, y el espejo en el pasillo de la casa de mis abuelos, más alto que yo, era muy apropiado para ello. Cada vez que imitaba, por ejemplo, al tío Wilhelm y su singular manera de guiñar los ojos sin motivo aparente y de mover al mismo tiempo las mejillas, las cuales ascendían por solidaria compasión, cada vez me sobrevenía un maravilloso sentimiento de superioridad, si bien lo hacía solamente en ausencia del parodiado. Con el abuelo Härtling me comportaba de manera muy distinta. Él sí que era un verdadero anciano. Cuando le apetecía, contaba historias que yo no acababa de creerme del todo, pero que no tenían por qué ser completamente inventadas, puesto que provenían de su época, y de eso hacía ya mucho tiempo. Historias sobre cómo viajó en uno de los primeros coches que circularon por Brünn, aunque él no conducía, conducía el chófer, sobre cómo las dos chicas estaban muertas de miedo cada vez que venía una curva. Las dos chicas eran las dos tías, ahora ya “de edad”. Sobre cómo en aquella época, decía –y con lo de “en aquella época” se refería a un pasado muy muy lejano–, cuando todavía gobernaban los dos emperadores, el viejo Wilhelm y el todavía más viejo Franz Joseph, fue llamado a Brünn porque sabía teñir tejidos de un azul que nadie sabía imitar, nadie, te digo, muchachito. Para poder acordarse bien, se sentaba siempre en el balcón, que quedaba algo más elevado que la sala porque los separaba un escalón, hablaba sentado, así pues, más arriba que los demás, en el trono del abuelo, y desde allí despotricaba contra Masaryk² y alababa a Hitler, quien por fin “acabó de una vez por todas” con la depravada democracia, lo cual a mí no me impresionaba demasiado, puesto que mi madre siempre me decía que tenía que “acabar de una vez por todas” con el desorden de mi habitación. El abuelo era más bajo que papá, pero en cambio estaba gordo



como una bola, de su cuello, corto y regordete, sobresalía una cabeza poderosa, completamente calva, las gafas doradas siempre las llevaba un poco torcidas y los cristales aumentaban sus ojos marrón oscuro, que ya eran bastante grandes de por sí. Hasta bastante avanzada la mañana se paseaba por la casa con una bata, durante el resto del día, con un traje impecable de los que tienen dos hileras de botones. De vez en cuando me invitaba a visitarlo en el invernadero que había instalado en la buhardilla. A las bolas y hojas con pinchos los llamaba seres de la estepa. A mí me resultaban muy desagradables. Las cuidaba con palas pequeñas, rastrillos diminutos y jeringas bastante grandes. Cuando una vez oí que el abuelo tenía azúcar, me imaginé una capa delgada de azúcar que se extendía por debajo de su piel, hasta que mi madre me explicó un día que se trataba de una enfermedad y que el abuelo, aunque tenía azúcar, no podía comer azúcar. De él heredé la diabetes. Jugar a ser abuelo es algo que me encantaba. Incluso lo necesitaba. Ante el espejo podía llegar a ser tan anciano como él. Me hacía redondo, lo cual conseguía hinchando las mejillas, escondía la cabeza y sacaba la barriga. Me imaginaba pesar mucho, tanto que mi cuerpo presionara las piernas y los pies se colocaran por sí solos hacia afuera. Cuando ya había logrado esta posición, me paseaba por el pasillo con los brazos redondeados delante del cuerpo y entonces me giraba hacia el espejo, del cual me acercaba convertido en abuelo, muy muy viejo. Murió a los sesenta y cinco años, es decir, más joven de lo que soy ahora. He alcanzado la edad que imitaba de pequeño. Más aún, cuando tenía cuarenta o cincuenta nunca pensé que sobrepasara los sesenta. Era un umbral que sólo podía sobrepasar en los juegos de mi niñez.

En 1949 compré a plazos, en una librería de Nürtingen, la novela *Los últimos días de verano* (*Nachsommer*), de Stifter³, para regalársela a Mechthild, mi novia, después de la clase de danza. ¿Me avisó Margot Hauber, la dueña de la librería?: esto no era ninguna novela para los dieciséis sino para los sesenta. No me aburrí en absoluto. Cuando hoy leo a Stifter, mi larga experiencia me permite adaptarme a su ritmo, hablo, pienso, miro más despacio, de manera mucho más precisa. Ya entonces, cuando leía, me convertía en el viejo Risach, confiscaba la casa de las rosas y me ocupaba poco de Heinrich Drenhof, el narrador, cuyo amor por Natalie me pareció mezquino, mientras que el encuentro más tarde entre Risach y Mathilde me emocionó. Esta emoción persiste. Como también ocurrió con el segundo anciano, Dubslav von Stechlin⁴, descubierto pocos años más tarde. Sólo puedo decir que siempre que ha hablado, con sus ligeros recuerdos, lo ha hecho y sigue haciéndolo también por mí. Risach se mueve pesadamente, Stechlin ligeramente. Logro compensar esta diferencia, indiscutiblemente interesante.



Me han sustituido durante décadas, me han ayudado a superar intranquilidad e inseguridad, y ahora he alcanzado con ellos un umbral que el niño nervioso que todavía hay en mí no podía ni intuir cuando imitaba al abuelo en el espejo y no deseaba otra cosa que una protectora superioridad. Soy una persona de edad, tan viejo como el abuelo. Más viejo todavía.

Entre tanto sé por experiencia que envejecer es otra cosa, si bien no necesariamente mejor que lo que yo me imaginaba. Mis pasos son cada vez más cortos. Si voy con gente joven, me esfuerzo por seguir sus pasos, y yo mismo me parezco ridículo. Cualquier resfriado banal me vence, me cansa y me roba el coraje. Hay momentos en los que mi corazón cuelga en mi pecho pesada y dolorosamente. El número de pastillas va aumentando. Duermo más y mi sueño se convierte en una cueva en cuyas paredes los sueños se aposentan, absurdos y malvados. Me consuela pensar que un día se cerrará la cueva y en la oscuridad más absoluta las imágenes perderán su sentido.

Me giro y miro hacia atrás, hacia una región en la que el tiempo introduce luces y sombras, ora llena de movimiento, ora fríamente vacía. Llamo a los muertos, les hablo sobre tramos de su vida y violo su paz. Digo yo, y del yo surge un eco del que surgen un yo detrás del otro, y luego enmudece, desaparece. Todos mis yos. Con ellos exploro mi inquietud, mis transformaciones, mis pérdidas y enriquecimientos, guerra y paz, impotencia e intranquilidad. Al final, que fue mi comienzo, espera el niño que juega a ser un anciano. Lo he alcanzado. Juega a ser yo ahora. Necesito su inocencia, que todavía no quiere recordar, puesto que yo, ahora un anciano, desconfío de todas las palabras. Todas las palabras que escribo buscan otras, más perdurables. Mis dudas acosan las palabras.

© 2003 Verlag Kiepenheuer & Witsch, Köln

NOTAS

1. Witold Gombrowicz (1904-1969), escritor polaco, cercano a la literatura y a la filosofía existencialistas. Desarrolló un estilo grotesco-fantástico muy característico.
2. Jan Masaryk, político checo (1886, Praga - 1948); de 1945 a 1948 fue Ministro de Asuntos Exteriores en la nueva República Checoslovaca.
3. Adalbert Stifter, escritor austríaco (1805, Oberplan, hoy Horní Planá, cerca de Krumau, en la República Checa -1868); estudió Derecho en Viena; también asistió a clases de matemáticas y ciencias naturales; finalmente decidió dedicarse única y exclusivamente a la pintura y a la literatura. Su obra muestra rasgos románticos. Su novela tardía *Der Nachsommer* (1857, 3 volúmenes) no tuvo resonancia hasta el llamado "Renacimiento de Stifter", después de la I Guerra Mundial. Stifter fue autodidacta como pintor y como escritor.
4. Härtling se refiere a la última novela de Theodor Fontane (1819, Neuruppin - 1898), escritor y periodista. Vivió al borde de la miseria. Influyó de manera determinante sobre el desarrollo de la novela en Alemania. Con su ironía y su suave escepticismo anuncia en algunos aspectos rasgos impresionistas. En la novela *Der Stechlin* (1899) queda reflejada la melancolía que acompaña a la vejez.

